

El combatiente cristiano, según Pablo

Pedro Mendoza Magallón, L.C.

Profesor ordinario de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Entre las definiciones más propias del cristiano destaca la de «combatiente»¹. En efecto la existencia y la vida del cristiano no es sino el desarrollo de un combate. Así lo refleja el Apóstol Pablo continuamente en sus escritos, como aparece en los siguientes pasajes:

Y, una vez despojados los Principados y las Potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal (*Col* 2,15).

Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas (*Ef* 6,10-12).

Entonces vendrá el fin, cuando él (Cristo) entregará el reino a Dios Padre, habiendo reducido a la nada todo principado y todo poder y potestad (*1Cor* 15,24).

En estos pasajes quedan evidentes la hostilidad y lucha existentes entre dos bandos: Cristo y el cristiano, en un bando, y en el otro, las fuerzas incorpóreas del mal, llamadas Principados y Potestades. Pero, además, estos textos señalan la actitud de «combatiente» que define la vida del cristiano y que debe caracterizar su existencia para resistir y luchar en defensa de su identidad. En tercer lugar, Pablo habla de la victoria de Cristo muerto y resucitado sobre los Principados y Potestades como una victoria ya alcanzada y al mismo tiempo esperada como perfección futura. Todo ello presupone que estas fuerzas del mal están todavía activas en la historia, son todavía capaces de tender sus «trampas». Por consiguiente, el cristiano está llamado a librar la batalla de su existencia presente haciéndose «poderoso en el Señor», empleando el «poder» divino (cf. *Ef* 6,10) que se desplegó en Cristo muerto y resucitado y que, en Cristo, se ha puesto a su disposición (cf. *Ef* 1,19-23).

Presentando al cristiano como un «combatiente» y su existencia como un «combate», el Apóstol ofrece una doctrina articulada,

¹ En la elaboración del artículo ha servido de guía la obra: P. MOROCUTTI, *La buona battaglia. Il combattimento spirituale nelle lettere di Paolo*, Tau Editrice, Todi 2019.

que será explicitada en el desarrollo del presente artículo: (1) Los enemigos contra los que el cristiano está llamado a combatir, (2) el buen combate cristiano, y (3) la victoria asegurada en Cristo Jesús.

1. Los enemigos contra los que el cristiano está llamado a combatir

La definición de la existencia del cristiano como un «combatiente» contra las fuerzas hostiles a su identidad y vocación, implica, al mismo tiempo, que los poderes del mal siguen activos a lo largo de su peregrinación hacia el Señor. Ahora bien, ¿cuáles son estos poderes del mal? Pablo ve a estos enemigos como un peligro global con un rostro triple. En primer lugar está un enemigo que obra en el corazón mismo del cristiano, y es su «carne», es decir, la parte de su persona todavía ligada a su «hombre viejo». A este enemigo interno se añaden otros dos, provenientes del exterior: la supremacía del «mundo» y de los así llamados «Poderes y Potestades».

a) La «carne» contraria al espíritu

Cuando Pablo exhorta a los gálatas, en *Gal* 5,16: «Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne», designa con el término «carne», una dimensión constitutiva del cristiano en camino hacia la salvación escatológica, pero todavía enraizado en el presente histórico. El Apóstol considera la «carne» como una herencia de Adán transmitida a toda su descendencia (cf. *Rm* 5,12ss.), y que no es completamente eliminada por la novedad redentora de la gracia de Cristo². De la «carne» surgen los deseos pecaminosos que el hombre nuevo está llamado a combatir.

La «carne», en cuanto enemigo del cristiano, designa la debilidad ético-religiosa que persiste en el cristiano mientras perdura su vida terrena. Una debilidad que genera en él una cierta complicidad con el mal, una cierta disponibilidad al pecado con su lógica de egoísmo y desobediencia a Dios.

Ahora bien, la posible acción o influjo de la «carne» varía dependiendo de su relación con dos categorías de personas, el cristiano y el hombre caído (quien no ha abrazado aún la fe en Cristo). En cuanto a la relación entre el cristiano y la «carne», Pablo puntualiza

² En otras palabras, la «carne» es el resto del «hombre viejo», la imagen del primer Adán, que debe ser depuesto decididamente para asegurar el triunfo del «hombre nuevo» creado en los mismos fieles a imagen de Cristo Jesús (cf. *Ef* 4,20-23; *Col* 3,5-11). Así lo indica Pablo en *Rm* 6,6: «Nuestro hombre viejo fue crucificado con él»; y en *Gal* 5,24: «Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias».

en *Rm* 8,9a: «Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros». Esta afirmación, leída a la luz de los textos de *Gal* 5,16-25 y *Rm* 8,12-13, aclara un aspecto importante de la doctrina paulina a este respecto. El fiel cristiano, vitalizado por el Espíritu (de Dios), ya no está «en la carne», aunque es un ser compuesto de carne y espíritu. Su existencia es ahora fundamentalmente definible por el «espíritu», aunque con la «carne» conserva una relación constitucional³.

La «carne», en cambio, en relación con el hombre caído, aún no introducido en la gracia de Cristo, no solo condiciona su existencia ético-religiosa, sino que hace de él un ser «en la carne» (cf. *Rm* 7,5), es decir, definible como un ser «carnal». Así lo afirma el Apóstol: «Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado» (*Rm* 7,14). El hombre caído, «carnal», vive, en efecto, en la esclavitud del pecado.

En conclusión, la «carne» es un enemigo interno que anida en el hombre nuevo, con una influencia sutil e intrusa. La «carne» suscita en lo más profundo del cristiano «apetencias contrarias al Espíritu» (cf. *Gal* 5,17; *Rm* 8,5-8) y tiende, por su misma naturaleza, a restablecer en él el reino del pecado (cf. *Rm* 6,12).

b) «Este mundo-siglo»

En el contexto paulino del combate espiritual, los conceptos de «mundo» y de «siglo» son casi equivalentes en el plano ético-religioso. En *1Cor* 1,20 el Apóstol utiliza ambos conceptos, ambos traducidos del griego como «mundo»: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este siglo (mundo)? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo?». Cuando Pablo habla de «este siglo» (indicando una dimensión temporal)⁴ y de «este mundo» (una dimensión espacial)⁵, en relación con los valores específicos del comportamiento religioso, tiene en mente la misma realidad global y negativa. Se refiere con estos conceptos al ambiente creatural e histórico en el que el cristiano vive: un ambiente que cuenta con una dinámica y una lógica contrarias a las del misterio evangélico que actúa en los fieles.

³ En el cristiano, las pasiones (pecaminosas) son objetivamente crucificadas con Cristo en el bautismo (cf. *Gal* 5,24; *Rm* 6,6), y esto en el sentido de una liberación de la esclavitud del pecado (cf. *Rm* 6,12ss) por una inserción vital en la victoria de Cristo sobre el pecado mismo (cf. *Rm* 8,3).

⁴ Cf. *Rm* 12,2; *1Cor* 1,20; 2,6.8; 3,18; *2Cor* 4,4; *Gal* 1,4; *Ef* 1,21.

⁵ Cf. *1Cor* 1,20; 3,19; 5,10; 7,31; *Ef* 2,2.

Refiriéndose a estos conceptos de «siglo-mundo», Pablo distingue dos «siglos», el presente y el futuro, ambos coexistentes⁶. El «presente siglo malo» (cf. *Gal* 1,4) y el «siglo futuro» (cf. *1Cor* 15,24ss) de perfección escatológica coexisten en el tiempo, de manera concreta pero bajo diferentes títulos: el primero, como supervivencia de una antigua esclavitud aún no erradicada definitivamente; el segundo, en cambio, como anticipación dinámica y fase de maduración de la victoria definitiva del Cristo redentor. Y de la contemporaneidad de ambos siglos se origina lo que podemos llamar el «presente cristiano», es decir, el ambiente específico de la existencia cristiana.

Ante la realidad del «siglo presente» en que vive el cristiano, ¿cuál debe ser su actitud? Para el cristiano, «este mundo» y «este siglo» constituyen el ambiente en el que está llamado a realizar su identidad cristiana, a conservar y confirmar la imagen celestial del último Adán, a vivir unido a la «esperanza del Evangelio» (cf. *Col* 1,23), que es la «esperanza de la gloria» (cf. *Col* 1,27). El cristiano está llamado a dirigir su pensamiento hacia lo alto, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios, y a liberarse de la solicitud de las cosas de la tierra. Así lo indica Pablo en *Col* 3,1-2: «Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra».

El «siglo-mundo», en cuanto enemigo del cristiano, tiene una presencia masiva y activa (cf. *1Cor* 5,10). Con su lógica el «siglo-mundo» domina a los que permanecen «rebeldes» contra Dios (cf. *Ef* 2,1-3), caracteriza el pensamiento de los que rechazan el misterio de la cruz (cf. *1Cor* 1,17 ss.), informa el comportamiento de aquellos «que no piensan más que en las cosas de la tierra» (cf. *Flp* 3,19) por haberse desprendido de su vocación celestial y haberse abandonado a las solicitudes pecaminosas de sus «miembros terrenos» (cf. *Col* 3,1-2.5ss; *1Cor* 15,50).

El «siglo-mundo» es enemigo del cristiano, en cuanto que es un principio de pensamiento y de comportamiento contrario a su vocación evangélica. Aunque la «figura» de «este siglo-mundo» esté destinada a «pasar» sobre el escenario de la historia, constituye un peligro de muerte para el creyente. Y el peligro que emana de ella consiste precisamente en esta «vanidad» suya. Con un lenguaje engañoso invita a desviar el pensamiento y la energía de la verdadera realidad: «Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» (*Col* 1,27c; cf. 2,17), para fijarlos en cosas que prometen placer, poder y sabiduría, pero al final son la voz de lo que Pablo llama «la seducción de las concupiscencias» (cf. *Ef* 4,22). El suyo es un verdadero asalto,

⁶ Cf. *Rm* 8,38; *1Cor* 3,22; *Ef* 1,21; 2,7; *1Tim* 6,19; *Heb* 6,5.

masivo e incesante, que se sirve de la fuerza seductora de las «cosas visibles» para debilitar y destruir el apego de los fieles a las «cosas invisibles» (cf. *2Cor* 4,18).

Surge, entonces, la pregunta: ¿cuál debería ser la relación del cristiano con las cosas de este «siglo-mundo»? Respondiendo a ella, hay que señalar que existen dos maneras de hacerlo, la «secular» y la «evangélica». La primera forma de relacionarse, la secular, es precisamente la de aquellos que se dejan dominar por el encanto de las realidades visibles que les rodean, quedando atrapados en el círculo cerrado de los horizontes terrenales. La segunda forma de relacionarse, la evangélica, es, en cambio, la propia del cristiano que quiere conservar y confirmar su identidad evangélica. El fiel cristiano se sirve de las cosas del «siglo-mundo» como hombre libre, como gobernante del mundo, como partícipe de la victoria de Cristo Señor.

Además de estas enseñanzas generales, Pablo insiste en un punto específico en el que la pretensión de «este siglo-mundo» de imponer su «figura» tiende a tomar forma concreta (cf. *Rm* 12,2). Se trata del peligro que encuentra el cristiano de ver su fe contaminada por una absorción más o menos consciente de lo que podemos llamar la mentalidad o la sabiduría secular de este mundo. Ante todo hay que reconocer que la sabiduría secular-mundana, enteramente terrena y humana, es contraria a la sabiduría evangélica que deriva de la fe en Cristo muerto y resucitado, aceptado como Redentor y Señor (cf. *Col* 2,6-7.9-15.17). Por lo mismo, Pablo advierte y amonesta a los gálatas de haberse dejado llevar de la sabiduría secular-mundana, acogiendo otra vez entre ellos las doctrinas de los «elementos débiles y miserables» del mundo, y dejándose llevar, además, por la fácil seducción de la doctrina «judaizante» (cf. *Gal* 4,8-11).

Por el contrario, la sabiduría evangélica, que es la que Pablo predica, es «una sabiduría que no es de este mundo». Es la «sabiduría de Dios» articulada a modo de «misterio», concretada en la verdad de Jesús crucificado, «Señor de la gloria» (cf. *1Cor* 2,6-8). Frente a esta «sabiduría-misterio», el mundo levanta la suya propia: «los judíos piden milagros», es decir, exigen un lenguaje del poder divino que sea inmediatamente perceptible y testimoniado en las cosas visibles; «los griegos van en busca de la sabiduría», es decir, una retórica que exalta al hombre y canta a la armonía del universo actual; y añade, en cambio, el Apóstol: «nosotros predicamos a un Cristo crucificado» (cf. *1Cor* 1,22-24).

c) Principados y potestades

El tercer enemigo del cristiano son los así llamados «Principados y potestades». Pablo se refiere a estos «poderes invisibles del mal» en *Ef* 6,12: «Nuestra batalla no es contra la sangre y la carne, sino contra los Principados, contra las Potestades». La hostilidad que el cristiano encuentra, en sí mismo y en las cosas que le rodean, se concreta a nivel de la experiencia inmediata en las realidades que el Apóstol llama precisamente «carne» y «siglo-mundo». Sin embargo, la realidad genética (que da origen) de estas hostilidades pertenece a un orden superior, invisible, inmaterial: es la actividad inteligente y volitiva de poderes malignos llamados, entre otras cosas, «Principados y Potestades». La «carne» y el «mundo» son, en efecto, enemigos del cristiano; pero lo son en la medida en que proporcionan a estos «poderes misteriosos» el instrumento de su virulencia y el ambiente específico de su actividad.

Para referirse a los poderes invisibles del mal, Pablo utiliza una terminología muy diversa. Llama a estos «poderes»: principados, fuerzas, virtudes, dominios, tronos, príncipes, señores, dioses, elementos del mundo, etc.⁷ La terminología usada permite varias observaciones. Los nombres mismos indican esencialmente un mismo fenómeno, el cual irrumpe en la historia de los hombres en una gran multitud de energías o fuerzas de Satanás o del diablo, viniendo a ser como su mano extendida y sus ejecutores. Se trata de seres personales dotados de inteligencia y voluntad, representantes concretos e invisibles del único principio del mal, y están dotados de poder. Sirviéndose de esta variedad de vocabulario el Apóstol pone de relieve el poder divino desplegado en Cristo muerto y resucitado, que ha conquistado la victoria sobre estas esencias del mal⁸. La categoría poder o potencia ocupa la primacía en la mente de Pablo al designar estos «espíritus de maldad». Pero estos seres no solo tienen potencia y poder, sino que son potencia y poder, despotismo, fuerza, dominio personificado.

Cuando Pablo recuerda a los fieles que su batalla no es contra «sangre y carne» sino contra los «principados y las potestades» (cf. *Ef* 6,10ss), muestra implícitamente que tiene una idea muy precisa del modo en que estos «poderes» invisibles concretan su hostilidad hacia el cristiano. En el contexto, habla de «las trampas del diablo» (cf. v.11) y de «los dardos de fuego del maligno» (cf. v.16). Estas expresiones señalan que se trata de un asalto intencional, violento

⁷ Cf. *Rm* 8,38; *1Cor* 15,24; *2Cor* 4,4; *Gal* 4,8; *Ef* 1,21; 3,10; 6,12; *Col* 1,16; 2,10.15.

⁸ Cf. *1Cor* 15,24-27; *Ef* 1,19-22; 3,10; 6,10-12; *Flp* 2,9-10; *Col* 2,15.

y mortal, que se produce principalmente en la forma insidiosa de tentación, engaño y trampa⁹.

En *Ef* 2,1-3 Pablo ilustra el modo de obrar de estas «potencias del mal»:

Y a vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes... entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás, a la Cólera...

Este pasaje hace referencia a lo que podría llamarse la condición de la vejez pagana («vosotros») y la vejez judía («nosotros»): una condición universal de pecado y muerte, donde los hombres eran «hijos de desobediencia» e «hijos de ira» (cf. *Rm* 3,9.23; 5,12ss). Tal condición viene ilustrada, en el nivel práctico, como un vivir de acuerdo con «este mundo» y de acuerdo con la «carne». La vejez pagano-judía se presenta como una obediencia al «poder espiritual» del mal, llamado «el príncipe del imperio del aire».

Por último, hay que señalar que el arma particularmente insidiosa, que el imperio de las tinieblas tiene a su disposición, es la mentira y el engaño (cf. *2Ts* 2,9-12) al servicio de toda clase de iniquidad.

2. El buen combate cristiano

Para describir y explicar en qué consiste la batalla del cristiano, Pablo recurre a diversas metáforas. Después de exhortar a Timoteo a mantenerse «fuerte en la gracia que es en Cristo Jesús» (cf. *2Tim* 2,1), aconseja al joven obispo de Éfeso en *2Tim* 2,3-7:

Soporta las fatigas conmigo, como un buen soldado de Cristo Jesús. Nadie que se dedica a la milicia se enreda en los negocios de la vida, si quiere complacer al que le ha alistado. Y lo mismo el atleta; no recibe la corona si no ha competido según el reglamento. Y el labrador que trabaja es el primero que tiene derecho a percibir los frutos. Entiende lo que quiero decirte, pues el Señor te dará la inteligencia de todo. En este texto aparece claro el uso por parte del Apóstol de tres imágenes tomadas respectivamente de la vida militar, el entorno deportivo y el mundo de la agricultura. Ellas reflejan la ley fundamental y común de toda carrera humana y que debe aplicar también el apóstol cristiano con vistas a la salvación de las almas. La metáfora agrícola es relativamente rara en las cartas paulinas (es usada en este pasaje y en *1Cor* 3,9, referida a la

⁹ Cf. *2Cor* 11,3; *Col* 2,8.23; *1Ts* 3,5; *1Tim* 3,7; 4,1; *2Tim* 2,26.

Iglesia: «ya que somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios, edificación de Dios»). Las metáforas del entorno deportivo y militar provienen del ambiente que es más familiar a Pablo, el de la vida de la ciudad. Por su naturaleza, estas metáforas son aptas para poner de relieve las dificultades de la existencia cristiana y el esfuerzo personal, hecho de valentía y constancia, de abnegación y de decisión consciente. Un tal esfuerzo personal es requerido para el combatiente cristiano decidido a defender su propia identidad y a mantenerse listo y vigilante en espera de la manifestación del Señor.

a) Metáfora de la gimnasia

Paolo extrae sus imágenes deportivas de la gimnasia y las competiciones atléticas en general. Entre estas, se refiere en particular al atletismo y a la lucha cuerpo a cuerpo. Inspirado en la gimnasia, el Apóstol indica a Timoteo, en *1Tim 4,7b-8*:

Ejercítate en la piedad, porque el ejercicio físico sirve para poco; en cambio la piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa de la vida, de la presente y de la futura.

Timoteo es invitado a entrenarse (a hacer gimnasia) en la piedad. Aquí está implícita la idea de un ejercicio práctico y progresivo, realizado bajo la bandera del esfuerzo, la paciencia, la decisión, el método, y dirigido a lograr una forma cada vez más perfecta. Esta forma es la del hombre interior, el lugar donde se realiza el ideal de las virtudes cristianas.

En otros pasajes, el Apóstol recurre a la imagen de la lucha para expresar los sufrimientos y las fatigas del apostolado. Sufriendo y soportando ultrajes, pero sostenido por la valentía que Dios le dio, él proclamó el Evangelio «entre frecuentes luchas» (cf. *1Ts 2,2*). En *2Tim 4,7* da este testimonio de sí mismo: «He peleado la buena batalla» y, en *1Tim 6,12*, exhorta a Timoteo al mismo compromiso: «pelear la buena batalla» de la fe (cf. *4,10*).

En la serie de testimonios que ofrece el Apóstol hay que notar dos cosas. Para poder sostener «la buena batalla de la fe», el siervo de Cristo debe, en primer lugar, «entrenarse en la piedad», para alcanzar la condición óptima de un buen atleta del Evangelio (cf. *1Tim 4,8.10.16*). En efecto, así como para las competiciones deportivas se exigen ciertas cualidades físicas y de carácter, así también para el apostolado se requiere a los fieles que busquen las cualidades adecuadas. El cristiano está llamado a perseguir los valores concretos de la vida evangélica en general: desprenderse de todo lo que pueda debilitar al hombre interior y «correr al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimien-

to, de la dulzura» (cf. *1Tim* 6,11-12). En segundo lugar, es preciso al fiel cristiano sufrir por Cristo y sostener el combate del apostolado. Todo esto forma parte integrante de un combate global y cotidiano, que es «comportarse de manera digna del Evangelio», viviendo aquí abajo como ciudadanos del cielo (cf. *Flp* 1,27-30; 3,20).

Con referencia a la imagen de la lucha cuerpo a cuerpo, en *2Cor* 4,8-9, Pablo afirma esta condición en que se encuentran los apóstoles: «Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados». Este pasaje, aunque la mención de lucha cuerpo a cuerpo entre dos atletas no aparezca, contiene cuatro antítesis que aluden a esa lucha. El primer miembro de cada antítesis señala la creciente presión impuesta sobre los apóstoles; el segundo miembro atestigua que los apóstoles nunca sucumbirán bajo el peso de la adversidad¹⁰.

El Apóstol recurre a las imágenes del correr y del boxeo en estos pasajes.

Y todo esto lo hago por el Evangelio para ser partícipe del mismo. ¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Pero cada competidor se priva de todo; y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado (*1Cor* 9,23-27).

En este texto, Pablo ofrece su ejemplo como predicador del Evangelio (cf. v.23) y, al mismo tiempo, hace ver que la vida de los creyentes es una carrera dirigida hacia una meta precisa, una corona celestial, la cual merece y exige el sacrificio de todo lo que de alguna manera pueda impedir su conquista (cf. *2Tim* 4,7-8).

No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo aferrado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús (*Flp* 3,12-14).

¹⁰ La condición sufrida de los ministros del Evangelio, una condición en la que el adversario parece estar constantemente a punto de prevalecer, es una misteriosa realización en sus personas de la muerte de Jesús. De manera similar, el perseverar en esta prueba continua significa que el poder vital celestial del Cristo resucitado está obrando y se manifiesta en los apóstoles.

En este pasaje resplandece la imagen de Pablo como un atleta que participa en una carrera muy exigente, todo tenso hacia la meta, decidido a ganar el premio.

Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas; corre al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimiento, de la dulzura. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que has sido llamado y de la que hiciste aquella solemne profesión delante de muchos testigos (*1Tim* 6,11-12).

Con estas palabras el Apóstol exhorta a este joven obispo Timoteo a correr en pos de los valores específicos de la perfección evangélica, a «pelear la buena batalla de la fe», a «tomar posesión de la vida eterna».

b) Metáforas militares

La existencia cristiana y apostólica no es solo lucha; también es una «guerra» (cf. *Lc* 14,31; *Ap* 12,17; 19,19), una «batalla» (cf. *2Cor* 7,5). El cristiano no es solo un atleta que entrena, corre, lucha y es boxeador; también es un «soldado» alistado por Cristo (cf. *2Tim* 2,3-4) para que «combata el buen combate» (cf. *1Tim* 1,18; también *1Cor* 9,7; *2Cor* 10,3; *Flp* 2,25; *Flm* 2). El cristiano está llamado a combatir contra los adversarios que obstaculizan su camino evangélico, no solo a la manera de competidores deportivos, sino como enemigos que intentan hacerle la guerra y hacerlo sucumbir.

El recurso de Pablo al lenguaje de la guerra para expresar esta lucha del cristiano queda evidenciado en los siguientes pasajes.

Pues aunque vivimos en la carne no combatimos según la carne. ¡No!, las armas de nuestro combate no son carnales, antes bien, para la causa de Dios, son capaces de arrasar fortalezas. Deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo (*2Cor* 10,3-5).

Pablo habla del combate que él y todo apóstol, en su actividad apostólica, libran contra las fuerzas del mal, apoyados en el poder divino que obra en ellos.

«Nosotros, por el contrario, que somos del día, seamos sobrios; revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (*1Ts* 5,8).

El Apóstol destaca la idea de una batalla que se gana solo con el uso de armas específicamente cristianas y evangélicas; las armas de la luz (cf. *Rm* 13,12), en contraposición de las armas de la oscuridad del enemigo.

Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneros firmes. ¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos (*Ef* 6, 10-18).

Todo el texto debe leerse como una motivación y una explicación de la exhortación inicial: «fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder» (v.10). Los fieles se consideran en estado de guerra, y lo que tienen que soportar diariamente es una batalla contra los poderes inmateriales y personales del mal. El Apóstol quiere presentar la situación del cristiano en toda su peligrosidad. Les recuerda que habrá un «día malo», un asalto final en el que la hostilidad de los «espíritus de iniquidad» se desplegará con particular violencia. Pero este día decisivo, aunque todavía situado en el futuro, hay que considerar que ya ha comenzado en la historia, especialmente en la historia de cada creyente individual. La batalla, de hecho, está en marcha, y es amarga y peligrosa. Solo hay dos alternativas: vencer o sucumbir, mantenerse firme o perecer. Para resistir el asalto del enemigo y ganar tal batalla, el cristiano debe emplear las armas apropiadas. Esta doctrina ya ha sido enseñada en *1Ts* 5,8 donde se indica que la armadura del cristiano consiste en las virtudes teológicas de la fe, la caridad y la esperanza. De manera similar se refiere en *Rm* 13,11-14: «revistámonos de las armas de la luz» (cf. v.12b).

3. La victoria asegurada en Cristo Jesús

El recorrido del tema «el combatiente cristiano» llega a su término presentando la victoria del combate, que está asegurada en Cristo.

a) Triple dimensión del combate

Ante todo, hay que recordar la triple dimensión de esta batalla que enfrenta todo fiel cristiano. Primeramente, se trata de una batalla, sí, pero diferente de las usuales, en cuanto que involucra al hombre interior contra el asalto de los poderes espirituales del

mal y las tinieblas. En segundo lugar, hay que combatir tal batalla con las armas adecuadas. Tales armas son las virtudes específicas de la existencia cristiana, respaldadas por la vitalidad y la energía recibidas en el bautismo. Por último, la armadura-poder de la que se reviste el cristiano, siendo precisamente «de Dios», solo puede ofrecer a aquellos que la usan la certeza de la victoria.

Los dos primeros puntos han sido presentados en el primero y segundo apartado del desarrollo del tema. Ahora queda reflexionar sobre el último punto, la certeza de la victoria.

b) La certeza de la victoria

Una primera anotación en relación con la certeza de la victoria proviene del hecho de que esta no es una simple promesa verbal destinada a infundir coraje y optimismo. Es una promesa, sí, pero una promesa divina y la certeza de su cumplimiento está enraizada en la victoria ganada por Cristo muerto y resucitado. Su garantía está asegurada en la efectiva participación de los bautizados, en el presente, en esa misma victoria.

En diversos textos el Apóstol refiere que el poder de Dios ha triunfado, definitivamente, en Cristo muerto y resucitado, contra el poder del mal¹¹.

En *2Tim* 1,8-10 Pablo exhorta a Timoteo a perseverar en el combate diario, apoyado en el poder que proviene de la victoria de Cristo sobre la muerte y en el triunfo de su resurrección:

soporta [...] ayudado por la fuerza de Dios, que nos ha salvado y nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia que nos dio desde toda la eternidad en Cristo Jesús, y que se ha manifestado ahora con la Manifestación de nuestro Salvador Cristo Jesús, quien ha destruido la muerte y ha hecho irradiar vida e inmortalidad por medio del Evangelio.

Del mismo modo, el Apóstol se dirige a los romanos, en *Rm* 6,9: «sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él»; y más adelante, en *Rm* 8,3c, añade: «Condenó el pecado en la carne». Indica la derrota de la muerte y el pecado. La explicación de esta victoria salvífica queda indicada en la Carta a los Hebreos como

¹¹ La misma idea viene presentada en los siguientes pasajes: *Ef* 1,20-22; *Fil* 2,9-11; *Col* 2,15. Estos textos, usando el tiempo pasado, enseñan que la victoria de Cristo y la relativa derrota del poder del mal se han realizado definitivamente, porque tal es el sentido de la muerte y resurrección de Cristo, que se ha realizado de una vez para siempre (cf. *Rm* 6,9-10; *Heb* 9,27-28).

un «aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo» (*Heb 2,14b*).

Con relación a la doctrina de la victoria de Cristo y de la derrota de los poderes del mal, conviene tener presente la dimensión pasado-presente-futuro de la misma. En *2Cor 5,15* recuerda el Apóstol: «[Cristo] murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (cf. *Rm 4,25*). Cristo muerto y resucitado ha obtenido (pasado) para nosotros su victoria sobre las potencias del pecado y de la muerte, para que se convirtiera en nuestra victoria sobre las mismas potencias (presente), pero solo cuando su victoria llegue a ser verdaderamente así al final de los tiempos (futuro) alcanzará su verdadera y plena dimensión (cf. *1Cor 15,20-28.54-55*).

c) La realización de la victoria en el tiempo presente

Pablo reconoce, por una parte, que la existencia actual del cristiano continúa siendo una «batalla» (cf. *Ef 6,12*), porque es parte de la naturaleza de su condición actual. Pero, por otra parte, en cada paso dado en el camino de la fe y de la esperanza, en cada acto de resistencia a los poderes del mal, en cada ejercicio concreto de fe-esperanza-caridad, en cada amén dicho en el lenguaje de la coherencia evangélica, Pablo ve una actualización real en los miembros de Cristo de la victoria y del señorío de Cristo Cabeza, y como tal, como anticipación de la victoria definitiva del Cristo total.

Ahora bien, ¿cómo puede el cristiano lograr que se realice en su propia vida la victoria de Cristo, considerando que su misma existencia está caracterizada por la precariedad, es decir, la insuficiencia, la fragilidad, la inestabilidad? En efecto, la precariedad que caracteriza la existencia del cristiano radica en el hecho de que él mismo es realmente capaz de convertirse en enemigo de sí mismo, permitiendo que el pecado reine en su cuerpo mortal (cf. *Rm 6,12-13*).

Ante tal situación de precariedad (fragilidad), Pablo insiste en una cualidad que el cristiano debe poseer y que puede denominarse como: paciencia - constancia - resistencia - perseverancia. Esta virtud es la de un heredero del cielo, llamado a permanecer fiel a su dignidad, luchando y sufriendo, a lo largo de toda la duración de su existencia terrena. En este combate el cristiano podrá alcanzar el triunfo final apoyado últimamente en la misma fidelidad de Dios¹². Así lo señala el Apóstol en los siguientes pasajes: En *1Cor 10,13*: «No habéis sufrido tentación superior a la medida humana.

¹² Cf. *1Ts 5,23-24*: «Que Él, el Dios de la paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida

Y fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito». Y en *1Cor* 1,8-9: «Él os fortalecerá hasta el fin para que seáis irrepreensibles en el Día de nuestro Señor Jesucristo. Pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión con su hijo Jesucristo, Señor nuestro».

Por tanto, la certeza del triunfo proviene de la fidelidad divina, de cuanto Él ha obrado por nuestra salvación y de cuanto continúa a realizar en el creyente. Como dice el Apóstol en *Flp* 1,6: «firmemente convencido de que, quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el Día de Cristo Jesús». Lo mismo corrobora en *Rm* 8,5: «la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado». El Espíritu, don celestial que realiza en el creyente la salvación del Señor victorioso y concreta en él el amor de Dios, es testigo vital de la fidelidad de ese mismo Dios que lo ha hecho para la gloria (cf. *2Cor* 5,5; *Ef* 1,13-14). Por ello, precisamente, sobre la base de esta doctrina, Pablo puede exclamar, en *Rm* 8,35.37-39, su certeza de la victoria, con estas palabras:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, [...] Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro».

Conclusión

A modo de conclusión, se recoge una recapitulación de los puntos relevantes de cuanto expuesto sobre «el combatiente cristiano, según Pablo».

a) Pablo presenta la vida cristiana como un combate espiritual contra fuerzas hostiles. Este combate implica la lucha contra tres enemigos principales: la carne, el mundo y los poderes espirituales del mal. La carne como enemigo representa la inclinación humana al pecado, heredada de Adán y aún presente en el creyente. El mundo como enemigo se refiere a la mentalidad y valores contrarios al Evangelio que intentan desviar al cristiano de su vocación celestial. Los Principados y potestades como enemigos son poderes

de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama y es él quien lo hará». Y *2Ts* 3,3: «Fiel es el Señor; él os afianzará y os guardará del Maligno».

invisibles del mal que actúan a través del engaño y la tentación para obstaculizar el camino del creyente.

b) La modalidad del buen combate cristiano viene expresada por medio de metáforas provenientes del ámbito de la gimnasia, el atletismo y la guerra y que ilustran cómo debe ser la lucha del creyente. Como el atleta, el cristiano debe entrenarse en la piedad, esforzarse y perseverar en la carrera de su existencia. Al igual que el soldado, el cristiano debe estar preparado para librar la batalla espiritual, sin distraerse con asuntos mundanos.

c) El cristiano enfrenta un combate que requiere el uso de las armas espirituales proporcionadas por Dios. Entre ellas están: la fe, la caridad, la esperanza, la justicia, la verdad, el Evangelio, la oración.

d) La victoria del cristiano está asegurada en Cristo, quien ya ha triunfado sobre la muerte y el pecado. Aunque la batalla continúa en el tiempo presente, la fidelidad de Dios garantiza la fortaleza y perseverancia del creyente. El cristiano, apoyado en la gracia de Dios y fortalecido por el Espíritu Santo, saldrá vencedor si permanece firme en la fe y en la lucha contra el mal. La victoria final será plena en la consumación del Reino de Dios.